

LA INCOGNITA.

POR EUFEMIO ROMERO.

(CONCLUYE)

IV.

EN un aposento á manera de salon, hay cuatro individuos, del género masculino todos. Uno está de pié en el respaldo de un escritorio de madera negra, con un cuaderno escrito en la mano, en el cual cuaderno va leyendo por tiempos y en alta voz una como letanía; otro, situado de pié tambien junto á un cómodo sillón, recoge y seca unos pliegos que se ocupa en firmar el único que está sentado. Al otro lado de este que está sentado se ve al otro individuo, atento á los menores movimientos, al mas ligero gesto del que firma, de los cuales movimientos y gesto no deja escapar uno que no imite.

Por lo que hace al local, es una sala con dos balcones que dan á un patio interior, con puertas vidrieras cerradas, y cortinaje de lujo: el piso está primorosamente alfombrado; el techo, de cuyo centro pende una hermosa araña de cristal, está cubierto con un cielo raso elegantemente pintado al óleo; los cuatro lienzos de pared están cubiertos de fino papel de tapizar. Por demás estará decir que los sofás y las sillas frisan con la estancia.

La estancia, el salon en resumidas cuentas, es la pieza del ministerio de hacienda de la república mejicana donde despacha el respectivo secretario de Estado.

Es de noche.

—Al administrador de la aduana de... dijo leyendo el que recitaba la especie de

letanía, el oficial de guardia, el cual se interrumpió de pronto, al ver que el que iba á firmar puso á un lado la pluma, levantó la cabeza, se estregó los ojos y dió á entender por medio de estos y otros ademanes que estaba poco menos que rendido de cansancio.

—¡Cuánto ha trabajado usted esta noche! dijo por lo bajo, con tímido acento y con amable sonrisa el que estaba ocupado en recoger la firma, es decir el escribiente de guardia.

—Señor don Basilio, saltó el que nada hacia, ahora que me acuerdo, un cura se ha empeñado en que usted le dé audiencia.

—¡Ah! ¡querá dinero! No hay un peso de que disponer, interrumpió el que firmaba. Claudio, su intercesion de usted, ahora, es sin fruto.

—Aguarde usted, señor; que no se trata de dinero. El cura dice que ha solicitado á usted en su casa varias veces y no ha logrado hablarle. . .

—Y ¿qué es lo que me quiere?

—¡Con razon se escama usted ya, señor ministro! dijo con melosa voz el oficial de guardia.

—Lo que quiere, prosiguió don Claudio, es confiar á usted un secreto. . .

—¡Secreto para remediar las escaseces del erario? dijo S. E. sonriendo.

Al punto los tres interlocutores asomaron á sus labios otras tantas sonrisas y los tres á competencia, celebraron el dicho del ministro.

—No; no, señor, volvió don Claudio; á lo que él da á entender es un secreto de familia.

—¡De familia! exclamó el señor ministro. Y quedóse como suspeso.

—Yo, considerando que debía de ser un asunto de importancia para usted y entendido de que en ello le hacía á usted un servicio, me he tomado la licencia de citarlo para esta noche.

—¡Para esta noche! exclamó el señor ministro sin manifestar desagrado por la libertad que se había tomado el secretario particular suyo.

—Sí, señor, prosiguió este cobrando mas ánimo, y no sé cómo no ha ocurrido todavía. Yo no sé lo había avisado á usted, porque como ha estado usted sin parar todo el día. . . Y luego, consideré que no tendría usted inconveniente en oírlo aquí, porque como en su casa de usted hay orden de no dejar que nadie vea á usted mas que. . .

—¡Bueno!

—A bien que si á usted no le parece recibirlo, se avisa al portero. . .

El secretario particular juzgó conveniente callar en vista de que S. E. estaba meditando.

A poco el portero entró de puntillas, habló un instante al oído al don Claudio y á una seña de este se marchó.

—El cura, señor!

—¡Que pase! . . . No, ¡que guarde en la pieza de recibir!

El ministro parecia estar tranquilo, pero don Basilio, es decir el hombre, estaba interiormente desasosgado.

Ahora bien, si se me pregunta por qué hago esta distincion entre el hombre y el ministro, entre el magistrado y el individuo privado, diré en pocas palabras que es

¡ LIBERTAD. LICENCIA ó osada familiaridad, y así se dice: me tomo la libertad de escribir esta carta.—Acad. esp.

porque siempre he creído que un diplomático no es lisa y llanamente un hombre, un hombre como todos. Será ó no cierto, pero yo estoy entendido de que un ministro es una criatura con una organizacion moral doble, y ¡Dios libre al subalterno, á la viuda, á cualquier acreedor del fisco que el ministro se despoje para con ellos del carácter de hombre y se revista del espíritu de *funcionario!*

Y en realidad de verdad don Basilio, el mismo don Basilio que ya conoce la lección, era un ministro de hacienda en toda forma. Si era buen ó mal ministro, si tenía ó no los tamaños requeridos en toda tierra de cristianos para administrar con acierto el alto empleo, no será yo quien lo diga. ¡Ni qué importa cuando todos los días vemos exaltadas á los mas elevados puestos á las gentes mas negadas?

Don Basilio siquiera tenia dinero y no era de malos sentimientos.

Ya eran algunas garantías.

Pero volviendo á mi cuento, don Basilio, que mas curiosidad tenia de saber la encomienda que traia el cura que no de firmar despachos, puso á un lado su diplomática individualidad, se revistió de hombre, hecho lo cual fué y se apersonó con el susodicho cura, no sin haber antes despedido á los empleados, al oficial de guardia, al escribiente y al secretario particular.

La pieza de recibir era un cuarto cuadrado, de menos elegancia que el despacho, con puerta vidriera para el patio interior, una araña, un sofá de medio uso, dos ó tres rinconeras y sillars.

—Usted me dispense que lo distraiga yo de sus importantes y graves atenciones, fué diciendo el cura; pero á ello me obliga la necesidad de cumplir con un encargo de la mayor entidad.

—Diga usted, padre.

—Usted ha sido casado.

Don Basilio sintió un calorío correr por todo su cuerpo. Pasóse la mano por la frente, como para serenarse, dió una tositura y contestó con voz poco entera:

- Sí, señor.
- ¿Usted sabe de su mujer?
- ¡No! . . . ¡ni quiero!
- Pero sí querrá usted escucharme.
- ¿Será usted muy largo?
- Al revés, cuatro palabras.
- Diga usted, pero pronto.
- Usted despidió bochornosamente á su esposa por una intriga diabólica.

-¡Sí!

-¡No! usted no me entiende. La señora su mujer de usted fué víctima de su virtud. Un hombre que nunca pudo triunfar de ella le levantó un falso testimonio en venganza. . . .

-¡Falso testimonio! prorumpió don Basilio con irónico acento.

-Usted no lo cree porque se funda en un documento difamatorio firmado por escribano que tiene usted en su poder.

- ¡Sí! y es lo bastante.
- No, porque contra ese documento yo tengo otro mas verídico, mas auténtico, mas intachable.

Don Basilio meneó la cabeza en ademán de incredulidad.

-Ese documento es la confesion que en su última hora, ya al dar su alma al Criador, me hizo una mujer de la calle del Puente de san Dimas, una mujer que vivió en la casa número **.

-Y ¿qué se saca de esa confesion?

-Que la declaración infamatoria fué obra de una onza de oro, dada por un sugeto que quiso vengarse de la virtud de Victorita.

- ¿Cómo!
- Como usted lo oye!
- Y ¿quién? . . .
- Sé las señas de la persona. . . Señor don Basilio, un sacerdote promete á usted

tomar de su cuenta el dejar todo completamente aclarado; pero mientras, usted recibe á su mujer y se reconcilia con ella y le restituye usted su honra.

- ¿Y mi hija?
- ¿Su hija de usted?
- Sí, mi hija que tanto he sentido.
- No sé.

-¿Pues cómo! ¿no sabe usted que se la robaron á la mujer á quien se la di á criar porque no quise esa memoria de mi esposa en mi casa, ni quise tampoco dejarla en poder de ella porque no la corrompiera?

-¡Ah, sí! . . . dijo el sacerdote como inspirado después de un rato de reflexion. A su hija la tendrá usted en breve, á poco que se haya usted reconciliado, pero de veras, con su inocente y pura esposa.

-¿Es posible? ¿Y qué es de ella?

-¿Qué es de ella? ¡Ah! . . . si supiera usted, si pudiera usted formar una cabal idea de lo que ha pasado ella, la desvalida esposa sin marido, la infeliz madre sin hija, la pobre mártir. . .

-¿Si fuera verdad! . . . habló para sí don Basilio.

-Don Basilio, crea usted que lo que yo le digo es la pura verdad; y abra usted su entendimiento á la razon.

-Bien, la recibiré. . . Y ¿vendrá mi hija con ella?

- ¡Vendrá!
- ¡Corriente!
- ¡A Dios, señor don Basilio!
- ¡A Dios, padre! . . .

El buen eclesiástico se ausentó ufano con el éxito de su santa obra, é impuesto, cosa que él ignoraba antes, de que habia una hija de por medio, á la cual era preciso buscar sin descanso hasta dar con ella.

En cuanto á don Basilio, el pobre engañado don Basilio, se metió luego en su coche y se encerró en su casa, donde, después de entrar en cuentas consigo vino á

persuadirse de que tras el discurso de tantos años de estar él solo y aislado en el mundo, no le convenia poco, sobre todo siendo verdad lo que le decia el padre, como era de presumir que lo fuera, el verse de la noche á la mañana restituido á su mujer y á su hija.

Ya consentido en esto, don Basilio, poseído del diablo de la Impaciencia, se pasó la noche en claro, revolviendo en su imaginacion mil ideas de bienestar futuro.

El dia siguiente, no pudiendo aguantar mas la dilacion, mandó llamar á su secretario privado y le encomendó que buscara con mucha eficacia al cura y le dijera que le estaba aguardando.

El secretario particular, que conocia á Méjico á las mil maravillas, no tardó en dar con la morada del eclesiástico, y anduvo con tal suerte, que á él tambien le halló; y después de haberle dejado el recado del señor ministro, volvió á dar á este parte de que el cura decia que no tardaba en pasar á verle.

-Padrecito, dispénsame su merced la mala crianza, dijo la anciana que asistia de pocos dias atrás al cura, ¿conoce su merced á ese hombre que acaba de irse?

-¿Por qué lo pregunta usted?

-Es que yo lo conozco. . . Y cátese vuestra merced que bien se pudiera hacer una obra de caridad. . .

- ¿Cuál?
- Ver como le hacia uno que reparara el mal que ha causado á una niña.
- ¿Sí? ¿Y cómo? ¿Cómo está eso?

-Pues, con licencia de su merced, ese hombre anduvo mucho tiempo pretendiendo perder á la niña Victorita, que yo crié. Después de tocar todas las teclas, viendo que no podia sacar ningún partido de ella, ¿qué lo parece á su merced que hizo?

-¿Qué? . . .

La llegada de un extraño de cuya visita no hace al caso saber el objeto, cortó

aquí la interesante conversacion entre el digno cura y su *asistidora*. A nosotros no nos importa que así sucediera, pues ya tenemos acá lo que trataba la anciana de revelar á su merced.

Dejemos al buen cura hacer diligencia por llevar á buen término el generoso empeño que sobre sí ha tomado, y pues que ha hecho punto de no oír, esperemos que dease esta maraña.

V.

¡Cuán diversos eran aquellos tiempos! Entonces los pronunciamientos estaban en toda su boga. Merced á la oportunidad de topar cualquier dia un caudillo ó un coadyuvador de asonadas y de contar con una asonada cada mes, se hacian progresos rapidísimos en la noble carrera de las armas, en la otra no menos noble de los empleos civiles; se aparecian de la noche á la mañana, convertidos en capitalistas por lo menos, hombres que la vispera habian estado ganando su vida sirviendo en un café, en una casa de juego y aun en partes pobres.

¡Hoy no hay nada de eso!

Y si ahora me he tomado la licencia de invocar estos recuerdos y de hacer esta triste comparacion de tiempos, es porque mi historia me fuerza imperiosamente á ello.

Un don Gerardo, sugeto que habia enriquecido con las asonadas y el agio, deseando como todo codicioso aumentar mas y mas su caudal, habia ido á comprometerse en un pronunciamiento que estaba próximo á estallar, contra el gobierno y el sistema político establecidos, á los cuales como á todo gobierno y sistema posibles, encontraban cargos que hacer.

El gobierno tuvo la fortuna de olfatear lo que pasaba, y siguiendo en esta ocasion la táctica de las medidas á medias que tantas veces adoptaron las diversas admi-

nistraciones del país y que nunca les han probado, comenzó desterrando á los individuos notoriamente iniciados, á los sospechados de estarlo y aun á los completamente extraños á la trama.

Entre los primeros, al querer ó no fúé implicado nuestro don Gerardo, contra quien obraban indicios que pasaban á pruebas irrecusables.

Don Gerardo, como empleado del ramo de hacienda que era, se vió bajo la férula del respectivo ministro, hombre de un carácter sumamente fuerte y que no cejaba nunca.

Don Gerardo, á mas no poder, se habria resignado con verse encerrado en un cuartel, de Méjico se entiende, donde hubiera podido aguardar á que triunfara la causa salvadora para que sus compañeros le llevaran de allí á su casa, con las consideraciones debidas á un héroe víctima.

Pero que le despacharan fuera de Méjico, que le arrobataran tan cruelmente de su vida regalada, de sus antiguos y sabrosos hábitos, ¡oh, esto era ya muy fuerte para el heroico ánimo del salvador de la patria!

¡Y de mas á mas que le quitaran el empleo, la ganga, la canonjía del empleo, que aun después de lograda la *revolucion* sepa Dios el triunfo que le costaría rescatar de las codiciosas manos de tantos ávidos *emplemáneos*, inlicitos patriotas todos, como graznarian, ladrarian, aullarian, aleteando, manoteando, codeando y pateando por premio!

¡Oh, qué horror!

Y preciso es convenir en que el gobierno que tamaña judiada cometia, no podia menos de ser un caribe.

En fin, haciendo de tripas corazón, el destierro podia llevarse en paciencia: la *revolucion* le levantaria en breve. El empleo se podia dejar perdido mientras lle-

gaba la hora de recobrarle por medio de oro, comprándole á los *revolucionarios*.

Otra cosa era lo que no tenia remedio... Lo diremos de una vez.

La señora esposa de don Gerardo, á quien Dios habia "herido de esterilidad," habia tenido la suerte de encontrarse una niña de dos ó tres años en la casa de unos pobres, quienes dijeron que era huérfana de padres forasteros que la habian dejado á su cargo. La estéril mujer, que se moria por tener hijo ó cosa equivalente, y que para lograrlo habia encargado una criatura huérfana, se apresuró á llevar á su casa á la ya dicha niña, no sin dar antes á los padres adoptivos de ella una buena propina, y con el mayor esmero se dedicó á criarla.

Paréceme oportuno recordar aquí que en Méjico se trafica en niños, robándolos á sus padres y presentándoselos después como hallados, lo cual produce una buena gratificación y por lo tanto una buena ganancia cuando no hay ocasion de sacar otra mayor por medios mas inicuos.

Este horrible tráfico ha llegado á llamar la atencion de los magistrados hasta el punto de obligarlos á dictar medidas rigurosas para extirparle.

Bonita criatura era Cecilia. Cuidada, educada con el mas prolijo esmero por su mamá adoptiva, habia crecido á la par que de cuerpo en gentileza y despejo.

Don Gerardo, encontrándose de la noche á la mañana con una guapa muchacha dentro de sus puertas, tuvo el antojo de emprenderla, lo cual no le pareció nunca sino muy licito, pues él juzgaba muy puesto en razon el sacar utilidad del dinero que gastaba en Cecilia: la honra de esta era una especie de rédito.

Así discutiendo, nuestro hombre puso en batería toda su perversidad contra el candor de Cecilia y comenzó por obse-

quiarla muchísimo con lo que el lujo y el regalo tienen de mas seductivo.

Dios me perdone el mal pensamiento: pero creo que muy mal parada hubiera al cabo quedado la linda doncella.

Quiso sin embargo su buena estrella depararle de manos á boca un jóven que cautivó su corazón, y el amor que tantas veces, las mas, conduce á la perdicion de las mujeres, sirvió esta vez para salvarla; pues embelesada ella con su amante ni aun hacia alto en los agasajos de don Gerardo. En cuanto al novio, Cecilia era para él su santasantórum.

¡Dígame ahora si no tendria sobradísima razon nuestro revolucionario ó mejor dicho revoltoso, en resistirse al destierro, mirándole como la ruina de uno de los proyectos mas halagüeños de su vida!...

VI.

Don Claudio, aquel mismo dia en que habia estado en la casa del cura, y á poco de haber salido de ella, recibió una esquela por medio de la cual era citado para una casa de la calle de Vanegas adonde tenian que comunicársele cosas de la mayor importancia.

Educado bajo el pésimo ejemplo de las oficinas del gobierno, don Claudio se habia viciado desde muy jóven; y su buena cara, las lecciones hondamente inmorales, el descuido de su familia le indujeron á ser cortejador impudente de todas las mujeres, burlando sin remordimiento á cuantas podia y mellando la opinion de las que se le resistian. Ninguna habia llegado nunca á plantarle como Victoria y ya sabe la lectora de qué suerte se vengó de su invencible virtud. Entre tanto, habia desfilparrado el corto caudal de su padre, apropiándose el importe del presupuesto de sueldos de sus compañeros la vez que fué él habilitado de ellos, y si bien todos parecian considerar estas vilezas como gra-

cias calaveradas, llegó el caso de no haber quien hiciera confianza de él y aun de no ser bien recibido en ninguna casa de mediana decencia. Esto le habia reducido á la condicion mas deplorable, bajo todos aspectos: conociendo la necesidad que de libertarse de ella tenia, empleó con el ministro de hacienda toda su filis, todos los inmensos y poderosos recursos de la adulacion, y no descansó hasta no verse hecho su secretario privado, con lo cual se concilió un tanto la consideracion pública y pudo parar la persecucion de los sastres, zapateros, etc., á quienes debian...

No es de maravillarse de que don Basilio le diera un lugar á su lado, por dos razones: la adulacion puede mucho, y ademas no habia jamás llegado á sus oidos la fama de don Claudio.

Don Claudio pues, cuya curiosidad movió mucho el contexto de la esquela, no encontró inconveniente en acudir al punto de la cita. Topó allí al cura, lo cual no le importaba.

El cura le tomó afablemente del brazo, le condujo á un coche que á la puerta de la casa estaba; invitóle con amabilidad infinita á que entrara en él y metidos en el vehículo, echó este á rodar.

—Mi señor don Claudio, díjole luego el cura, ¿conoce usted á esta señora?

Don Claudio volvió la cara y vióse en el fondo del coche á una mujer, una vieja que clavó los ojos en él como queriendo decirle: Conózcame usted bien.

A pocos instantes don Claudio tartajó un "sí" que parecia haber tenido en un principio pretensiones de ser no: á este "sí" le daban una expresion singular la palidez sábita que enbrió el rostro de don Claudio y lo extraño de su mirar.

—Me alegro mucho, repuso el cura, mucho, muchísimo, señor don Claudio. Es una pobre, pero una excelente señora. Ahora va usted á hacernos el favor de lle-

vamos á donde vive. . . ¿Cómo se llama, señora?

—¡Victorita! dijo jadeando la anciana.

—Ah, sí, Victorita.

Aquí subió de punto el trastorno de don Claudio.

—No sé, . . . ni la conozco, contestó luego que se hubo serenado.

—¿Si la conoce usted! exclamó la anciana.

—Si la conoce usted, dijo con severidad y dulzura el eclesiástico. Y para ahorrarnos todo altercado, suplico á usted que nos conduzca á donde vive Victorita, para que me ahorre usted la pesadumbre y el disgusto de acusar á usted con el señor ministro.

Esta amenaza era igualita á la de dejarle sin empleo, sin las consideraciones que iba adquiriendo, enteramente en las cuatro esquinas: don Claudio no podía conformarse con esto.

Mantóvose un rato callado. . . Luego, asomándose á la delantera del coche:

—¡Muchachol gritó al cochero, al Salt del agua!

—Yo no esperaba menos de la amabilidad de usted, señor don Claudio, dijo el cura, y le protesto que se lo agradezco con toda mi alma. Como pecadores que somos, estamos sujetos á cometer cualquiera mala obra, pero como cristianos debemos reparar el mal que hacemos. Ya veo que no me habia yo equivocado al formar-me de usted un buen concepto.

De pronto don Claudio golpeó el coche con los piés para avisar al cochero que parara.

—¿No baja usted, señor don Claudio? dijo el cura.

—Permítame usted que me quede. . . en el cuarto de la casera pueden dar á usted razon. . .

El eclesiástico y la anciana entraron en una casa de vecindad.

Don Claudio bajó del coche y azorado se escurrió por la primera calle que se le presentó.

A poco el cura, acompañado de la anciana y de una mujer de veinte á treinta años, bonita pero con las señales del dolor en su rostro y de la miseria en su pelo, entró en el coche, el cual tomó el camino de la casa de don Basilio.

VII

Don Gerardo se hallaba en un caso de los mas apurados.

Habia movido todos los resortes, interesado á los sugetos mas respetables, sin haber podido lograr nada; pues la órden de destierro habia sido expedida y puesta en planta la destitucion de empleo.

Ocurrióle de pronto, como el último arbitrio, uno que él consideró eficaz.

Cecilia era bonita: la hermosura interesada por un padre adquiere mas poder y gracia. ¿Seria posible que el ministro se negase á la súplica de Cecilia?

Segun toda probabilidad, no.

Sin pérdida de tiempo mandóse poner el coche y bien vestida y adornada Cecilia, bella como nuestra primera madre, fué conducida juntamente con su mamá á la casa del señor ministro de hacienda.

—¡Ah! va la ineógnita, la muchacha que se cayó al subir al coche! dijo un sugeto á otro al pasar el coche por la plaza de la Constitucion.

—¡Ah! exclamó el otro.

Y quedóse contemplando en amoroso arrobamiento hasta que perdió de vista el carruaje.

Ocioso parece decir que este era Leandro, el amante apasionado y correspondido de Cecilia.

Seductora en efecto se presentó Cecilia en la casa del severo ministro. Jamás humana criatura tuvo iutercesora mas poderosa. Nunca humana entereza se vió ex-

puesta á mas peligrosa prueba. No creemos que Tais, la afamada Tais se presentara mas seductora ante Diógenes. Cecilia llevaba consigo el casto y poderoso hechizo de la virginidad.

Llevaba su sedenio y lindo pelo peinado todo en graciosos rizos. Eran de finísimo encaje los remates de sus mangas y la orilla de su corpiño, en el centro del cual colgaban tres hermosas perlas pendientes de un rico clavillo. Adornaba su precioso torneado brazo un brazalete de perlas y sus dedos estaban agraciados con vistosos anillos.

Bien penetrada iba ella del papel importante que iba á representar: bien persuadida estaba ella de que el deber, y un deber sagrado era, le prescribía abogar elocuente y eficazmente por el hombre que hacia para con ella los oficios de un padre.

Sin embargo, al poner el pié dentro del aposento del ministro sintióse acometida de un extraño sentimiento de sobresalto y quedóse un rato suspensa, sin saber por qué, en el umbral de la estancia.

A poco una señora se presentó y con mucha amabilidad la condujo hasta un sofá donde la hizo sentar.

—Usted dispense, señora, dijo la señora de la casa á la madre putativa de Cecilia; ¿esta señorita es su hija de usted?

—Como si lo fuera la miro, respondió la mujer de don Gerardo; pues quedó huerfana de una amiga mia.

—¿Qué edad tiene?

—Unos quince años.

—La mismísima edad. . . Es muy parrecida. . .

—¿Qué decía usted?

—He perdido una hija, señora, exclamó la señora de la casa, arrasándosele los ojos de lágrimas, he perdido una niña que debería tener la misma edad y que debería tener las mismas facciones.

—¿Es posible? . . .

La señora de la casa llevó la mano al cordon de la campanilla y una mujer se presentó.

—Mire usted, Guadalupe, ¿no se parece esta señorita á mi hija Amelita?

—Sí, señorita, respondió la criada. ¡Y muchísimo! agregó después de contemplarla con cuidado.

En esto presentóse el señor ministro.

A la vista de aquella peregrina criatura, no pudo él menos de ponerse risueño.

Oyó con suma afabilidad lo que al objeto de su visita cumplia, expresándose la jóven con el ardiente interés, con el patético entusiasmo de una hija que intercede por su padre.

Don Basilio no podia mantenerse firme contra el embeleso de una hermosura, el enternecimiento de una hija, las instancias de un corazon elocuente y noble. Titubeó, y en el momento que aquella voz de tan dulce melodia, y aquellos ojos de tan patética expresion se amaron para dar un golpe decisivo á los humanos sentimientos del hombre, olvidóse el ministro de su carácter diplomático, y desprendiéndose de la tosa corteza del hombre de Estado, permitió como Basilio á la jóven que abrigara lisonjeras esperanzas por la suerte de don Gerardo.

El día siguiente Victoria se presentó en la casa de don Gerardo acompañada de la anciana su *nana* y de la mujer que habia sido llamada el día anterior á ver á Cecilia.

A instancias de Victoria se buscó á las gentes que habian tenido á su cargo á Cecilia, hiciéronsele amenazas y promesas y al fin declararon que se la habian hallado sola en medio de una fiesta. Co tejada la fecha en que esto habia pasado con la del día en que la mujer que la estaba criando decía haberla echado menos, resultó ser Cecilia la mismísima hija de

Victoria y de don Basilio, lo que acabó de comprobarse con una cicatriz muy conocida que ella tenía en la palma de la mano izquierda.

Inútil parece agregar que don Gerardo quedó absuelto de culpa y pena, aunque con el sacrificio de sus halagüeños planes.

En cuanto á la mártir Victoria, restituida al seno de su marido, como ya lo habrá advertido la amable lectora, y vindicada plenamente en el público por efecto de las diligencias del cura, no hubo ya cosa alguna que turbara su felicidad.

VIII.

En una hermosa mañana de primavera la casa de don Basilio ofrecia el espectáculo mas alegre y magnífico. Celebrábase en ella una boda.

Si, una boda.

La preciosa Amelia contraia legitimo matrimonio con Leandro, á satisfacción de sus padres respectivos, de sus amistades, de sus conocimientos y aun de los que nada eran de ellos.

El bueno, el excelente cura bendijo su union.

Algun tiempo despues don Claudio, que á instancias del cura no habia sido acusado ante don Basilio, profesaba en el con-

vento de San Fernando, órden la mas rigida de las de Méjico y la que tiene en su seno los religiosos mas respetables y ejemplares.

El dia que esto sucedia, don Basilio recibió una esclava concebida en estos términos:

Claudio N., arrepentido de sus culpas y próximo á expiarlas en el servicio de Dios, declara solemnemente que él, por un principio de infame venganza, fué causa de que la virtuosa señora doña Victoria M. apareciera deshonrada á los ojos de su digno marido y de que tanto tiempo padeciera tan injustamente. Declara tambien que su honra y virtud están intactas, pues todo el tiempo que estuvo abandonada de su marido se conservó pura á pesar de sus infinitos trabajos y de las asechanzas que de continuo le tendió el que esto firma, el cual está satisfecho, por lo que siempre trató de averiguar, de la inmaculada conducta de ella.

Así usted y Victoria y todas las demás personas á quienes he ofendido me perdonen como confío que la Divina misericordia me perdonará á virtud del profundo y sincero arrepentimiento mio!

Puede usted hacer de esto el uso que guste y el mas conducente á restaurar la buena opinion y fama de usted y de su respetable esposa.

CLAUDIO N.
(Escribo para la semana.)

BOTANICA.

GIN-SENG DE LOS CHINOS.—AURELIANA CANADENSIS.

El Gin-seng es la raíz de una planta medicinal muy estimada entre los chinos. Sus principales médicos han escrito crecidos volúmenes concernientes á sus virtudes. Los mas de los autores que han escrito de la China, no se han olvidado de mencionar el Gin-seng, y no obstante esto, esta planta era poco conocida antes

que el P. Jartoux, misionero jesuita en China, con motivo de haber sido comisionado por órden del emperador para hacer una carta de la Tartaria en 1709, hubiese tenido ocasion de ver crecer la citada planta en una aldea distante cuatro leguas del reino de Coré; este padre aprovechó esta oportunidad para describirla, cuya



Aureliana Canadensis (Tat.)
Ginseng ó San-seng de los chinos.
Gen. Panax, Lin.
Fam. Araliaceas.

J. A. NAYARRO Fecit.

descripcion fué publicada en las memorias de la Real Academia de ciencias en Paris, lo que dió lugar á descubrir la misma planta en el Canadá y en Pensilvania, de donde la hubo Mr. Collison, quien la cultivó en su jardin de Peckham y logró dos años seguidos sus flores y frutos, tales como se representan en la figura que acompañamos, las que convienen exactamente con la descripción que hace el padre misionero; mas como lo que él escribió sobre esta planta es demasiado extenso, transcribimos solamente lo mas notable. He aquí las mismas palabras del jesuita:

"El mapa de Tartaria, que formamos por órden del emperador de la China, nos ha franqueado la ocasion de ver la famosa planta del Gin-seng, tan estimada en este imperio. A fines de julio de 1709 llegamos á un lugar distante cuatro leguas de Coré, habitado por tártaros, que llaman Cabea-tatze. Uno de ellos fué á las montañas vecinas y nos trajo cuatro plantas del Gin-seng.

"Los mas hábiles médicos de la China hacen que sirva esta raíz de ingrediente en todos sus remedios preparados para los grandes señores, porque para el comun del pueblo es demasiado costosa. Pretenden que esta planta es un soberano remedio contra el abatimiento y falta de fuerzas que provienen de trabajos excesivos de cuerpo ó de espíritu; que disuelve las flemas; sana la debilidad de los pulmones y dolor de costado; detiene los vómitos; fortifica el estómago y excita el apetito; disipa los vapores, cura la respiracion debile y fortifica el pecho; da vigor á los espíritus vitales, y produce linfa en la sangre; en fin, que es buena para los vértigos y desmayos de cabeza.

"No es creible que los chinos y tártaros hiciesen tanto mérito de esta raíz, si no produjera constantemente buenos efectos.

Los que están en buena salud, la toman para ponerse robustos. . . Es cierto que sutiliza la sangre, la pone en movimiento, la calienta, ayuda á la digestion y fortifica de un modo sensible. Yo me tomé el pulso para ver en qué estado le tenia: tomé después la mitad de una raíz cruda, sin preparacion alguna, y después de una hora me sentí el pulso mucho mas lleno y vivo; tuve apetito, me hallé con mas vigor y con una ligereza para el trabajo, que antes no tenia. Sin embargo, no hice gran mérito de esta prueba, persuadido de que podrá provenir este cambio del descanso que tomamos aquel dia; mas cuatro dias después, hallándome fatigado y tan fulto de fuerzas, que apenas podia tenerme á caballo, un mandarin que lo notó me dió una raíz. Tomé la mitad de ella, y después de una hora, no sentí ya la debilidad, lo cual he practicado repetidas veces, y siempre con el mismo resultado.

"Nos hemos servido de la hoja en lugar del té, y me sentaba tan bien que le daba la preferencia en lugar del mejor té.

"La raíz, para servirse de ella, debe cocerse mas que el té, para que suelte todas las sustancias, y nunca debe tomarse mas que la quinta parte de una onza de raíz en cada toma, que serán dos al dia para los enfermos, y la mitad para los sanos." Hasta aquí el jesuita.

Esta planta que pertenece al género Panax de Linceo, y á la familia de las Araliáceas de Jussieu, se eleva á la altura de diez pulgadas; su tallo es redondo y derecho, pendiente de una raíz vivaz, tres ó cuatro veces mas gruesa que el tallo; de la extremidad superior de este se desprenden otros tres tallos de tres ó cuatro pulgadas de largo, y cada uno de ellos tiene cinco hojas dentadas. Del mismo extremo del tallo se eleva perpendicularmente otro tallo pequeño y sobre el que

se desarrolla un grupo globular de flores, y después de frutos, los que son unas bayas rojas, dobles, conteniendo cada una dos semillas aplanadas cubiertas de una finísima película. Las flores son muy pequeñas, compuestas de cinco pétalos blancos, redondos, con cinco estambres y un pistilo, y el cáliz con cinco segmentos. Esta planta, como todas las de su especie, muere y renace todos los años. Se co-

noce el número de sus años, por el de los tallos que han muerto, de los cuales queda siempre alguna señal en la raíz, como se ve en la figura adjunta por los pequeños caracteres a, a, a, de donde se conoce que esta raíz tenía 6 años. Esta planta suele encontrarse en los bosques de las inmediaciones de Orizava y Córdoba, en el Estado de Veracruz.

T. S. G.

LUCIA

O LA HISTORIA DE UNA VIDA.

POR LA BARONESA D'ALZEL.

CON que á Dios, á Dios para siempre! dijo Estanislao Clare¹, clavando con suma expresion en Lucía su hermoso par de ojos negros.

— ¡Sea norabuena! dijo la doncella.

Y diciendo y haciendo se separaron al punto.

¡Ah, preciosa, gentil doncella! ¡qué fortuna la tuya si hubieras llevado á cabo tu resolucion de quebrar con él hasta el punto de no volver á caer en sus redes! El tormento del corazón, terrible al pronto, habria cedido luego, dejando su lugar á una serenidad semejante á la que sigue á una tempestad veraniega.

¡Y cuán preciosa no es esta serenidad después de la lobreguez y los embates pasados!

Estanislao Clare y Lucía Ashdale se separaron.

Qué era lo que habia dado márgen á que se enemistaran y quebraran, no hace al caso decirlo. Frioleras cosas de la mas leve importancia tienen á veces gravísimas consecuencias; y seguramente cualquier dicho ó hecho inconsiderado habia

¹ *Clker.*

provocado la tormenta que separaba corazones que parecian destinados uno para otro y para ser felices ambos. A lo menos así es como discurren siempre los enamorados.

Lucía Ashdale era soberbia y arrebatada. Estanislao Clare era vivaracho, veleidoso é implacable.

— ¡Para siempre! futése este gruñendo al alejarse de la casa de Lucía. Así lo dijieron sus labios.

Hay hombres tan engreídos de sus propias prendas y tan infatuados con su fortuna, que no pueden tolerar que una mujer les lleve la palma. De estos hombres era Estanislao Clare.

Conocia que le habian dado de codo, y cavilando de continuo en esto que tanto lastimaba su vanidad tomó su partido muy antes de llegar á su casa.

Pasáronse seis meses, al cabo de los cuales, pasónbrese la lectora! Lucía Ashdale se encontraba ser la esposa de Estanislao Clare.

Estas inconsecuencias, por mas que uno jamás llegue á verlas sin causarle impresion; estas inconsecuencias no deben

asombrar á nadie, pues los enamorados, y aun otros que no lo son, nos ofrecen un diluvio de ellas todos los dias, casi á todas horas.

Ahora bien, Estanislao Clare se habia estado apartado de ella todo el tiempo que consideró necesario para que se le pasara la primera impresion y se calmara, y volvió después á la carga con estudiados halagos y aparentando una idolatría mayor que nunca. Cayóle en gracia á Lucía la constancia de él, y no se hizo mucho de rogar para darle su mano.

Llévose á efecto el casamiento y Estanislao triunfó.

La codiciada hermosura juntamente con su aun mas codiciado caudal eran pues muy suyos. Lucía al pronto no cabia en sí de júbilo y Estanislao estaba ufanísimo con su victoria. Para la novia hubo un dia de bienaventuranza celestial, dia el mas glorioso de su vida. . . . ¡Ay!

Una mañana y una noche fué la historia de su vida.

Estanislao Clare, mediante el caudal de Lucía pudo hacer en el mundo un papel mas distinguido del que antes habia hecho, y su nombre se vio asociado á todas las disposiciones del mundo, y mas particularmente á las carreras de caballos, á los partidos de billar y á los paseos por agua. Por donde quiera era admirado el por su dinero y de Lucía nadie se acordaba. Quejábase ella y él se echaba á reír de sus tonterías; reprehendiale ella y él contestaba con destemplado acento. ¡Qué caso tenia que hacer de los caprichos de una mujer!

Y así vivieron hasta que murió Lucía. Cápoule ser desdichada, pero no tuvo el supremo dolor de saber y presenciar la ruina de su marido, á quien la mala suerte en el juego condujo á la desesperacion.

(Traducción del Ingles para la Soman.)

PLEGARIA A MI MADRE EN EL SEPULCRO DE MI HIJO.

POR UNA ZACATECANA.

Mis lágrimas riegan la tumba querida
Do yacen los restos del hijo que lloro:
Al cielo levanto mi voz afligida
Pidiendo remedio al mal que deploro.

Con tristes recuerdos tu grata memoria
Hoy miro enlazada, feliz madre mia!
Consuela mis penas tu espléndida gloria,
Tu gozo inefable, tu eterna alegría.

¡Ay! sí, que en la tierra la dicha mas rara,
Fugaz cual estrella que luce apacible,
Brillando aparece, momentos fulgura,
Y luego se pierde en nube terrible.

Mis ojos cansados del llanto que abrasa
Cual lava encendida mi pecho doliente,
Con triste mirada que el tier traspasa,
Te digo de mi alma la angustia que siente.

Se quejan mis labios, profundo suspiro
Revela tormentos, insomnios mortales,
Diagnosto penoso, tristeza rapturo,
Y brota mi pecho, de acibar raudales.

Si tú desde el cielo me viste gozando
La paz y contento de union venturosa;
Si á Dios le pedias su amor invocando
Que siempre me viera con faz venturosa,

Hey ruega ferviente que cierren mis ojos
Los frutos queridos de un lazo envidiable:
Las flores se yelan, mas no los abrojos;
La muerte de un hijo es mal incurable.

Que el llanto sincero de un pecho afligido,
Do hallaba consuelo mi cruel amargura,
Esculpa en mi tumba, de un lazo querido,
Los dulces instantes de amor y ventura.

Que mires mi frente brillante de gloria,
Circuida de luces que nunca parecen:
Feliz á tu lado cantando victoria:
La fe, la esperanza, así me lo ofrecen.

Hacienda de Pabellon, noviembre 2 de 1850.

JOSEFA LETECHIPIA DE GONZALEZ.

MISCELANEA.

VÉNUS Y JÚPITER.

Vénus, planeta de primer orden, es un lucero matutino hasta el 16 de octubre y nocturno todo el resto del año. Júpiter, otro planeta primario, es lucero matutino hasta el 21 de octubre y nocturno el resto del año.

LA IGLESIA GRIEGA.

En el siglo ocho se suscitó entre la iglesia oriental y la occidental un desacuerdo que terminó por una sepacon en el dis. curso de dos siglos y medio. La iglesia griega pretende la supremacía sobre la romana, fundada en que usa el lenguaje en que fué promulgado el primer Evangelio, y muchas de sus fórmulas y ceremonias son idénticas á las de los católicos romanos; pero no reconoce la supremacía del papa. La iglesia es la religion establecida en Rusia.

UNA FAMILIA CHINA EN LONDRES.

La curiosidad por ver el magnífico Palacio de Cristal ha conducido últimamente á Londres á una familia china, de calidad, desde Canton. Esta se compone de un caballero llamado Chung-attai y su señora Ahap, acompañada de dos hermanas suyas, y asistidas por una criada. Las señoras tienen, todas tres, los legítimos piés pequeños, cosa peculiar á las mujeres de calidad en el Celeste imperio. La reina Victoria ha mandado un mensaje avisando á esta familia que desea verla.

LA VERDADERA INSTRUCCION.

Los que se dedican á instruir á la juventud olvidan las mas veces que su fin deberia ser ensanchar y doctrinar y vigo-

rizar los ánimos de sus educandos, imprimiéndoles amor á la ciencia y habilitar sus facultades para adquirirla, y no simplemente llenarles y embarazarles la cabeza con cierta cantidad de conocimientos de *estampilla*, los cuales no son útiles sino cuando están sólidamente arraigados y son capaces de reproducirse.

CHARADA.

Sé, lector, que mi primera
No es de cavilar motivo,
Puesto que en dos verbos fuera,
Solo un acento la altera,
Presente á imperativo.
Es pronombre impersonal
Tambien, con frecuencia usado,
Y á mi segunda enlazado
Un futuro, no en plural,
Te dará bien explicado.
Mi tercera y cuarta son
Dote que del sexo bello
Realza la estimacion:
Lo dá del gusto un destello,
O el trato y la educacion.
Mis extremos mirará
Para ver de Francia un rio;
Y un animal hallará
Cuadrúpedo, acunátil, frio,
En segunda y cuarta, ¿estás?
Pues bien: mi todo, lector,
Es de una bondad el nombre.
Pídele á Dios con fervor
Nunca verla... no te asombré,
Que puedes morir de amor.

P. DE B.

La solucion es el número siguiente.

EXPLICACION

DEL LOGOGRIPO DEL NÚMERO ANTERIOR:
EL CLAVEL.

ECONOMIA DOMESTICA.

MANERA

DE CONSERVAR LAS FLORES.

De las flores que se quieren conservar escójase los botones mas perfectos y córtense estos mismos con tijeras, cuidando de dejarles un palito de mas de tres pulgadas. Hecho esto, tápese inmediatamente muy bien con cera virgen la punta del palito, y después de haber comprimido un poco los botones y entreabierto con la uña sus extremos superiores, envuélvanse, cada uno por separado, en un papel muy limpio y seco. Así se conservan un año entero.

Para hacer que se abran en invierno ó en cualquiera otra estacion, no hay mas que cortar de parte de noche la punta del tallo que está pegado con la cera, poniéndose los botones en agua ligeramento cargada de salitre ó sal. El dia siguiente se encontrarán abiertas las flores y halagarán igualmente el olfato y la vista con su lozanía y aroma.

MANTEQUILLA.

Tómese una onza de harina y bátase con cuatro onzas de mantequilla fria hasta que estén bien mezcladas ambas cosas; luego añádensele cuatro ó cinco cucharadas de leche caliente, y poniéndose todo en una sarten, sigase sacudiendo, pero en una misma direccion hasta que reviente el hervor: después de un minuto, apártese de la lumbre.

JABON TRASPARENTE.

Córtese la mitad de un jabon inglés llamado de Windsor (*huindsor*) en corticidas delgadas, pónganse estas en un frasco delgado de cristal, llénese hasta la mitad de espíritu de vino y tengase arrima-

do junto al fuego hasta que se disuelva ó derrita. Esta mixtura puesta á enfriar en un molde, da un jabon trasparente. Se le puede aromatizar con cualquiera esencia.

JARABE PARA LICORES.

Póngase media azumbre (dos cuartillos) de agua en un cazo pequeño y váyase dejando caer en ella, á pedazos, una libra de azúcar de pilon. Cuando ya esté disuelta la azúcar, déjese hervir otra vez y póngase á enfriar en un plato ancho: cuando esté frio el jarabe puede hacerse uso de él.

EXCELENTE PEGAMENTO PARA LA LOZA.

A medio cuartillo de leche póngase otro tanto de vinagre para coagularla ó cortarla; sepárese del suero la cuajada y revuélvase el suero con la clara de cuatro ó cinco huevos, batiendo todo muy bien hasta que esté bien incorporado; cuando esté bien incorporado agréguesele una poca de cal pasada por cedazo, hasta dar á la composicion la consistencia de pasta. Seca muy pronto este *pegamento* y resiste á la accion del fuego así como á la del agua.

SALMON COCIDO EN HORNO.

Póngase al pescado en un cazo hondo y úntesele bastante mantequilla. Sazónese con todas especias, macias y sal; y por dentro úntesele un poco de lo mismo con que se ha sazonado. Debe embarrarsele de vez en cuando lo que se quede en el plato. Siendo pequeño el pez se puede espetar con la cola vuelta hácia la boca. Es un platillo excelente y se come en frio.

EL GRILLO DEL HOGAR.

POR CARLOS DICKENS.

SEGUNDO CHILLIDO.

CALEB Plummer y su hija ciega habitaban, ellos dos solitos, una casucha de madera que tenía toda la semejanza de una cáscara de nuez machucada. La vivienda de Gruff y Tackleton era, á la inversa, la mas hermosa de la calle.

La infeliz casuca que de dos martillazos habria venido á dar al suelo y cuyos escombros habrían podido caer en una carreta, estaba pegada contra la casa de Gruff y Tackleton como un hongo al pie de un árbol.

Pero allí mismo era donde habia tenido principio la fortuna de Gruff y Tackleton. Bajo su ruin techo el padre de Gruff habia fabricado juguetes para una generacion de muchachos y muchachas que habian dejado de jugar mucho tiempo hacia.

Dije que Caleb y su pobre hija ciega moraban en la casucha, pero advierto ahora que para expresarme con mas propiedad debia haber dicho que Caleb era el que allí moraba, el solo, pues su pobre hija ciega vivia en otra parte, en una habitacion encantada que Caleb habia decorado de su mano y en la cual nunca tenian entrada ni la pobreza ni los pesares.

No era brujo Caleb, pero sí conocia á fondo el único arte mágico que nos ha quedado: la magia del amor eterno y consagrado. Habiale alicionado la naturaleza y á ella era el deudor de su poderío.

La ciegucecita vivia ignorante de que el techo y las paredes eran negros y estaban sucios de manchas y de que por donde quie-

ra se veian anchas grietas que de dia en dia se iban abriendo mas.

No sabia la ciegucecita que el hierro se entmohecia ni que la madera se pudria ni que en suma, la casucha amenazaba ruina.

Ignoraba ella que habia en la alacena unos moldes de barro feos y toscos. No sabia ella que el pesar y el desaliento eran los huéspedes de la casa y que ante sus ojos apagados, privados de la luz, los cabellos de Caleb iban cayéndose y poniéndose cada dia mas canosos.

No estaba impuesta la ciegucecita de que ella y su padre tenian por amo á un hombre frio, exigente é interesado: es decir que para ella Tackleton no era Tackleton. Ella estaba acostumbrada á considerarle como un extravagante que gustaba de chancear con ellos y que nunca queria dar oídos á la mas leve expresion de agradecimiento con todo y que era el protector, el ángel custodio de ellos.

¡Todo esto era obra de Caleb, obra del buen padre! Pero él tambien tenia en su hogar un grillo, y mas de una ocasion, en sus largos ratos de tristeza y durante la niñez de la ciegucecita, que muy temprano quedó sin madre, habia escuchado con gusto el canto del grillo.

Este espíritu del hogar le habia infundido el pensamiento de cambiar en júbilo la misma desgracia que habia cabido á su hija y de hacerla feliz á fuerza de compulsivas mentiras.

Pues todos los grillos son poderosos es-

píritus bien que casi nunca lo sepan las personas que con ellos conversan.

En todo el mundo invisible no hay voces mas amorosas y sinceras; no hay voces que sean capaces de hacerlos promesas mas ingenuas ó daros mas tiernos consejos.

Caleb y su hija estaban ocupados en su tarea en el cuarto donde por costumbre trabajaban juntos y que ocupaban casi cotidianamente.

Era el tal cuarto un retrete extraño.

Veíanse en él un diluvio de casas, enteramente construidas unas, otras por acabar todavía.

Habíalas para todas las condiciones, encontrándose tambien en el mismo paraje muñecas de todas las clases de la sociedad.

Aquí palacios, residencias suntuosas y señoras de calidad. Allí viviendas modestas, mobladas con arreglo á los escasos medios de las muñecas pobres.

La nobleza, la gente de escalera abajo y el pueblo en general á quienes estaban destinadas las dichas casas, yacian acostados boca arriba en unas canastas y abertos en la contemplacion del cielo del retrete en el que tenian porfiadamente clavados sus ojos.

Al atribuir á cada una de ellas el lugar que en el órden social le correspondia, difícilmente hacadero en la vida verdadera y efectiva, los criadores de las susodichas muñecas habian aventajado y con mucho á la naturaleza, enfiadosa y perversa muchas veces.

No querian ellos darse por satisfechos con solamente los signos arbitrarios y distintivos, tales como la seda, los encajes; pues á mayor abundamiento habíales dado distinciones personales que no dejaban la menor duda.

De suerte y manera que la muñeca de *dolendas* tenia de cera sus miembros ad-

mirablemente proporcionados, mientras que las muñecas de inferior clase tenian de badana ó de trapo ordinario los brazos y piernas.

En cuanto á las muñecas de la gentualla, consistian sus miembros en meros pedazos de peñuela, apropiados muy bien á su ruin condicion.

A mas de las muñecas, habia en el aposento de Caleb Plummer mil otras muestras de su habilidad.

Veíanse allí, entre otras curiosidades, unas arcas de Noé en que las aves y las animalitas estaban chistosamente amontonadas, sin poderlo remediar.

En virtud de una licencia poética bastante temeraria, la mayor parte de las tales arcas de Noé estaban provistas de martillos. No eran de seguro muy lógicos estos apéndices; pero bajo el punto de vista del arte, producian un efecto de los mas agradables.

Habia muchísimos carritos cuyas ruedas hacian un ruido halagueño y melancólico cuando se les ponía en movimiento. Tambien habia, á millares, violones, tambores, piezas de artillería, espadas, rodillos, trompetas y otros instrumentos de martirio. Habia volatinillos, con chaqueta encarnada, haciendo con el mayor arrojo las *maromas* mas peligrosas.

Habia asimismo animales de toda especie, caballos sobre todo, desde el caballo del aguador hasta el corcel de soberbias guarniciones.

Difícil hubiera sido en verdad reducir á cuenta las infinitas figuras, las cuales tenian, todas ellas, una analogía mas ó menos admirable con los absurdos, vicios y deformidades de la naturaleza humana. Y no estaba exagerado nada, ni en la forma ni en el juego de los hilos, pues la mano mas débil era capaz de poner en movimiento á hombres y mujeres y de hacerles ejecutar unos ejercicios de gimnás-

tica tan asombrosos como los que para siempre viven condenados á ejecutar los muñecos y los títeres.

En medio de todos los dijes de que acabamos de hablar, estaban Caleb y su hija sentados y ocupados en trabajar. La ciegucecita vestía las muñecas, mientras que Caleb estaba con humor de pintar el frente de una casa magnífica de cuatro pisos.

Las hondas arrugas que surcaban el rostro melancólico de Caleb, su actitud pensativa y triste que le daba la traza de un alquimista, hacían un peregrino contraste, á prima vista, con la trivialidad de su pobre tarea.

Pero las cosas mas triviales vienen á ser muy serias cuando tienen por objeto ayudar á las necesidades de la vida. Aun fuera de esta consideracion, no estoy yo absolutamente dispuesto á correr el riesgo de creer que Caleb, si hubiese sido chambelán, ó miembro del parlamento, ó abogado, ó ya quisiera simple especulador hubiera traficado con juguetes menos extravagantes, al paso que dudo mucho que aquellos juguetes hubiesen sido mas inocentes.

—Con que, padre, recibió usted ayer la lluvia sobre su galano *paltó* nuevo? dijo la ciegucecita.

—Sí, sobre mi galano *paltó* nuevo, respondió Caleb dirigiendo la vista á una percha donde estaba colgada secándose la pieza de vestir que tenemos descrita.

—Padre! ¿no sabe usted el gusto que tengo de que lo haya usted comprado!

—Y en una sastrería de las de moda, hijal! ¿Creerás que me parece verlo demasiado vistoso para mí?

La jóven al oír esto suspendió su tarea y soltóse á reír deliciosamente.

—Demasiado vistoso, padre! ¿qué cosa hay en el mundo que pueda llamarse demasiado vistosa para usted?

—Cási me da bochorno usarlo, dijo Ca-

leb, espianado el efecto que sus palabras producian en el rostro festivo de su hija; sí, me da vergüenza. Cuando á mis espaldas oigo decir: ¡mira, mira qué petimetre! no sé dónde meter la cara.

¡Dichosa jovencilla! ¡cuánto la regocijaba el oír hablar así á su padre!

—Estoy viendo á usted, padre, dijo ella, juntando sus manos, estoy ahora viendo á usted, padre, tan claro como si tuviera los ojos que ninguna falta me hacen cuando está usted conmigo. Una casaca azul. . .

—Muy amplia, interrumpió Caleb.

—Sí, muy amplia, exclamó la jovencilla riéndose con todas sus ganas; y usted dentro de ella, padre de mi vida, con sus miradas llenas de gozo, su boca risueña, su cuerpo desembarazado y sus negros cabellos; ¡usted así tan jóven y tan buen mozo!

—¡Vamos, hijal! dijo Caleb, ¿no adviertes que vas á volverme vanidoso?

—¡Ya, ya está! exclamó la ciegucecita señalando con el dedo á su padre, y mas y mas regocijada. Sí, ya está usted vanidoso. ¡Ja, ja! Ya ve usted, padrecito, ¡qué bien lo conozco á usted yo!

¡Ay! ¡cuán lejos estaba de lo cierto la pobre criatura, y cuán poco parecida era á su padre la imágen que de él se habia formado!

Habia ella hablado de lo ligero de su andar: en órden á esto habia tenido razon. Muchos años hacia en efecto que Caleb nunca habia cruzado el umbral de su morada con la lentitud que le era natural.

Siempre habia pisado de manera que al oído de su hija sonase ligero, y nunca jamás, ni aun en sus dias de mayor tristeza, se habia olvidado de caminar con el paso juvenil que tan alegre la ponía.

—Asunto concluido, dijo Caleb apartándose uno ó dos pasos para mejor juzgar de su obra; parece de veras. ¡Qué lús-

tima que la distribucion interior de esta casa no sea mas que imaginaria! ¡Ah! tieme usted lo peor del oficio! No hago yo mas que porfiar por engañarme.

—Usted tiene la voz inmutada, me parece. . . ¿está usted fatigado, padre?

—¡Fatigado! repitió Caleb con el mas animado acento; ¡y por qué habia yo de estar fatigado, Berta? Yo no estoy nunca fatigado.

Para dar mas peso á sus palabras, extendió él los brazos imitando el ademán perezoso de algunos de los muñecos que estaban secándose á la solana, y luego se puso á *tardear* una especie de cancion cómica. Los esfuerzos que tenia que hacer para sostener su voz daban á su rostro una expresion lastimosa.

—¡Holal! ¡con que tambien está usted cantando! dijo Tackleton haciéndose presente á la puerta del retrete. ¡Adelante, adelante! yo por mí no canto.

Y de veras que á nadie al verle la cara le hubiera nunca ocurrido el mal pensamiento de que fuera hombre de cantar.

—Yo no canto nunca, dijo Tackleton, pero me cae en gracia ver á usted aficionado á ese ejercicio. ¿Es usted aplicado á trabajar al mismo tiempo? ¡A ver! ¡entendiendo que no le alcanzará á usted el tiempo para tanto!

—¡Si vieras, Berta, si pudieras ver con qué cara tan picarresca me miral! dijo muy quedito Caleb á su hija hablándole al oído. ¡Qué amigo es de chancearse! Si no conocieras su genio, ¿cuándo no habrías de creer que está enojado? . . . ¿No es verdad?

La ciegucecita se sonrió haciendo una seña afirmativa.

—Pájaro que cantar puede y que cantar no quiere, á que cante forzar se le debe. . . Ya sabe usted el proverbio, dijo Tackleton con acento rogado.

—¡No puedes hacerle cargo de la cara

que ha puesto al decirme eso! ¡Qué dicho verídico está!

—¡Siempre contento y alegre en nuestra compañía! exclamó Berta sonriéndose.

—¡Ah! ¡aquí estás tú? respondió Tackleton. ¡Pobre loca!

Creíala él de veras loca, y esto porque ella le manifestaba un vivo cariño.

—Y ¿cómo vamos? continuó Tackleton con áspera voz.

—¡Oh! ¡bien, sin novedad ninguna! Feliz cuanto usted puede desear verme feliz y cual usted haria que lo fuera todo el mundo si en su mano estuviese.

—¡Pobre loca! dijo entre dientes Tackleton, ¡mi pizca, ni asomo de juicio!

La ciegucecita cogió la mano de Tackleton y besócela. Luego la apretó entre sus dos manos y apoyóla tiernamente á su mejilla antes de soltarla. Este movimiento acusaba un cariño tan verdadero, una gratitud tan ferviente, que no pudo menos de hacer impresion al mismo Tackleton.

—¿Qué es eso? dijo este á la jóven con voz menos áspera.

—Anoche, repuso la ciegucecita, le puse á mi cabecera antes de dormirme y le vi en sueños. Y cuando vino el día, cuando el glorioso sol colorado. . . "colorado," ¿no es verdad, padre?

—Colorado de día y de noche, Berta, respondió el pobre Caleb rogando con sus ojos á su señor dispensase la mentira.

—Cuando se levantó el sol, prosiguió la jóven, y que la luz resplandeciente contra la cual casi tengo miedo de topar siempre que camino, penetró en mi cuarto, puse la florecita al sol, y bendije al cielo, y bendije á usted.

—¡No parece sino que se ha huido de la casa de locos! refunfuñó Tackleton.

Caleb, ensortijadas las manos, miraba con cara de bobo á su hija y no atinaba si efectivamente merecía ó no Tackleton sus agradecimientos. Si en aquel mismi-

simo acto hubiera sido condenado, so pena de muerte, á optar entre castigar al merceder de juguetes ó postarse á sus pies, de seguro habria vacilado.

Sin embargo, Caleb sabia que él, su propia persona habia llevado allí el rosalito para su hija y que habia discurrido aquella inocente mentira para que ella no llegara á tener asomo de las privaciones que él se imponia cotidianamente á efecto de proporcionarle un nuevo gusto.

—¡Berta! dijo Tackleton tomando por la primera vez un acento bondadoso, ¡ven acá!

—¡Oh, soy capaz de ir derecho á donde usted está, yo solita! respondió ella.

—¿Quieres que te diga yo una cosa, Berta?

—¿Cómo no, si usted lleva gusto en ello? contestó con anhelo la jóven, llenándose de júbilo su rostro.

—¡Hoy es el dia, no es verdad, que la muchacha aquella consentida, la mujer de Peerybingle, debe venir por acá? ¿No es hoy el dia de su merienda de ustedes?

—Sí, dijo Berta, hoy es.

—Tendria yo mucho gusto en ser uno de tantos.

—¿Oye usted, padre? exclamó con o-najenamiento la ciegucecita.

—Sí, sí, ya oigo, dijo entre dientes Caleb siempre embebecido en sus pensamientos. Pero no lo creo, yo soy quien lo ha dicho.

—Quiero que May¹ Fielding² trate mas de cerca á los Peerybingle, dijo Tackleton. Voy á casarme con ella.

—¿Casarse usted! exclamó la ciegucecita apartándose azogadamente.

—Sí, Berta! repuso Tackleton. Voy á casarme y tendremos una boda soberbia. Tendremos coches, almuerzo, ramilletes y cuanto Dios crió. ¿Es que no sabes tú lo que es una boda?

¹ *Ma—s Púdin.*
² *Es que será de veras un galicismo (est-ce que?)*

—Sí, ya sé, respondió la jovencilla con inmutada voz. Sí, ya sé, ya sé lo que es.

—¡Ah! ¿ya comprendes? barbotó Tackleton; no me esperaba yo menos de tí...

Decia yo que tenia ganas de hallarme en la reunion de ustedes, trayendo á May y á su madre. Les mandaré á ustedes mi plato por la mañana. Con que ¿estamos? ¿me aguardan ustedes?

—Sí, contestó ella con distraido aspecto.

—Estoy temiéndome que no, replicó Tackleton mirándola, porque tienes traza de haber olvidado ya todo cuanto te he dicho. . . . ¡Caleb!

—¡Señor! respondió Caleb.

—Tenga usted cuidado de recordarle lo que le dejo encargado.

—Ella nunca se olvida de nada, señor.

—Nadie pone pero á lo suyo, dijo Tackleton alzando los hombros. . . . ¡Pobre diablo!

Después de haber proferido estas palabras con el tono del mas soberano desprecio, el viejo Gruff y Tackleton se ausentó del aposento.

Berta se habia quedado inmóvil y sumergida en sus meditaciones. La alegría, el buen humor que resultaba en su semblante poco rato antes, habia sido sustituido con una expresion de tristeza. . . . Dos ó tres veces hizo un ligero meneo de cabeza en señal de dolor y como si alguna pena se hubiese apoderado de su ánimo; pero aquella su afliccion era muda. Por fin, llegöse á su padre, y sentándose á su lado:

—Padre, díjole, me encuentro sola en la oscuridad. Necesito mis ojos, mis ojos complacientes y sufridos.

—Aquí los tienes, dijo Caleb. . . Siempre están prontos. Ellos son tuyos mas

³ *No será mas bien una locucion elíptica del lenguaje familiar muy castellano, en que se sobrentiende sin la menor violencia el adjetivo cierto (cosa cierta), omitido, de la misma manera que en ¡es cierto! se sobrentiende "es eso que usted dice un suceso, etc. cierto, citándose seis palabras!"*

que míos, Berta, á toda hora y todo instante. Vida mia, ¿qué mandas á tus ojos?

—Corra usted la vista por todo el cuarto.

—Ya está, dijo Caleb. Dicho y hecho, Berta.

—Hábleme usted de lo que ve.

—El cuarto está como todos los dias...

Es alegre, pero muy reducido. Estoy viendo en él siempre los mismos colores alegres con que están pintadas las paredes, las brillantes flores dibujadas en los platos y los vasos, los relumbrantes enmaderamientos. . . en resumidas cuentas, todas las lindas cosas que agracion nuestra casa.

—Usted tiene puesta su casaca de trabajar; no le está á usted como el *paltó*, dijo Berta palpando á su padre.

—Tambien este no deja de tener muy buena traza, respondió Caleb.

—Padre, dijo la ciegucecita arimándose á su padre y pasándole al rededor del cuello su brazo, hábleme usted de May. ¿Es bonita?

—Muy guapa, dijo Caleb.

Y contra su costumbre, no mentia por la ocasion.

—Su pelo es negro, dijo Berta con semblante meditabundo. . . mas negro que el mio. Su metal de voz es armonioso y dulce, yo lo sé. . . Mas de una vez me he recreado en oirla. ¿Su talle? . . .

—Ninguna de las muñecas esas que tenemos aquí tiene el talle mas fino, dijo Caleb. ¿Y qué primor de ojos! . . .

Callóse de pronto, porque sintió temblar ligeramente la mano de su hija, y harto bien comprendió esta sencilla advertencia.

Tosió dos ó tres ocasiones, púsose á silbar y echóse luego á *taralear* su cancion cómica: este era su expediente decisivo en las circunstancias apuradas.

—Hábleme usted tambien, padre, de nuestro amigo, de nuestro bienhechor. Ya usted sabe que nunca me canso de oír á usted hablar de él. Bien, lo sabe usted.

—Es verdad, respondió Caleb, y tienes razon.

—¡Ah, sí! ¡tengo razon! exclamó la ciegucecita con tal agitacion que Caleb, con todo y que la conciencia no le daba en rostro con sus inocentes mentiras, no tuvo ánimo para verla cara á cara.

Bajó el infeliz los ojos como temeroso de que su hija hubiese podido ver en ellos la confusion y el trastorno de su espíritu.

—Vamos, padre, siga usted platicándome de él, platicueme usted siempre de él. Su fisonomia es amable, tierna y afectuosa. Él es bueno y sincero, estoy ciertísima de eso, y cada una de sus miradas descubre el alma que hace en balde por encubrir sus perfecciones bajo un embozo de aspereza y ruin egoismo.

—Es un corazon noble, añadió Caleb en su serena desesperacion.

—¡Un corazon noble! exclamó la ciegucecita. Él es mayor que May, ¿no, padre?

—Sí, dijo Caleb con notoria repugnancia. Es un poco mayor que May, pero ¿qué le hace?

—Dice usted bien, padre. ¡Ella será su amante compaera y fiel, su ángel consolador en las horas de afliccion. Ella participará de sus felicidades; ella le cuidará con una ternura de madre y pedirá á Dios por él! ¡Qué dicha para ella de poder manifestarle así su amor y su *consagracion*! Así le querrá ella, ¿no le parece á usted, padre?

—Por de contado, respondió Caleb.

—¡Quiero á esa buena May, padre, la quiero con toda el alma! exclamó la ciegucecita.

Y diciendo esto reclinó su cabecita contra el hombro de Caleb y soltóse á llorar, llorando tanto y tan de veras que él se arrepentia casi de haber proporcionado á su

¹ *HACER. D. . . . Imperfor. convenir como, eso no le hace, al caso MARIA. —Acad. españ.*

hija idolatrada aquella dicha llena de llanto.....

Entre tanto habia movimiento y confusión en la casa de John Peerybingle; pues Dot no queria salir sin su rorro y no era cosa tan lisa y llana el hacer los preparativos de marcha.

Por último, después de haber dispuesto todas las cosas como si fuese negocio de un largo viaje, mistress Peerybingle, y Tilly con el chico en brazos, se encaminaron hácia la puerta donde las aguardaba la carreta una hora hacia, lo mismo que Boxer, el cual, impacientado ya, ladraba y corria á lo desesperado del extremo de la calle á la puerta y de la puerta al extremo de la calle.

John levantó en brazos á mistress Peerybingle y la descansó en la carreta; luego hizo lo mismo con Tilly, después de haberle cogido al niño que le volvió á entregar cuando la vió bien acomodada en la carreta.

—¿No olvidas nada, John? gritó mistress Peerybingle. El pastel, el pernil... ¿donde están?

—No tengas cuidado, ¿todo va ya! respondió John subiéndolo también. ¡Arre! ¡arre! dijo dando de latigazos al caballo, el cual recordando echó á galopar.

—Y ahora que me acuerdo, dijo John á poco, ¡y el viejo gentleman! ¿Qué va á ser de él mientras estamos fuera de casa? Es un hombre original, no hay ni por donde negarlo. Después de todo, no me parece un pícaro.

—¡Oh, no! dijo mistress Peerybingle... ni pensarlo. Yo... yo lo fo.

—En todo caso, paga como un principe, repuso John, y no encuentro inconveniente chico ni grande en que se esté en casa. Esta mañana estuve hablando largo rato con él y al cabo de cinco minutos de plática parecia estar hecho á mi voz.

Me contó su vida y milagros y yo le hablé de mis negocios. En una palabra, hemos quedado muy contentos uno de otro... Pero... no atiendes á lo que te digo, Dot... ¿En qué estás pensando?

—En nada, John, si te escucho.

—Sea horabuena, repuso el bueno del carruajero: es que por tu semblante estaria yo por creer que estabas pensando en otra cosa y que mi plática te fastidiaba.

Un triste suspiro fué la única respuesta que dió Dot.

Rodaron si chistar durante unos cuantos minutos; pero en breve fué interrumpido el silencio, pues John Peerybingle, como que tenia tantos conocidos, cambiaba palabras de buena crianza con casi todos los transeúntes.

Boxer, por su parte, que iba por delante de la carreta, avisaba en todo lugar la aproximacion de sus dueños. Boxer era conocido por todas partes, en particular de los patos y las gallinas, los cuales en cuanto le avistaban echaban á huir á todo escape, pico á viento y á cola escurrida, sin aguardar á tener la honra de un íntimo *apersonamiento*.

Multiplicabase Boxer de una increíble manera. Corria de aquí para allí, acosando palomas y gatos, y colándose en todas las posadas con la confianza de un marchante viejo.

—¡Hola! ahí está Boxer, decian las gentes en cuanto le veian entrar... ¡vamos á dar los buenos dias á John Peerybingle y á su mujercita!

Y luego, John que tenia un diluvio de encargos que distribuir por el camino, se veia en el caso de hacer frecuentes paradas, lo que naturalmente daba lugar á pláticas mas ó menos largas, mas ó menos interesantes.

En esto Dot no veia la hora de llegar, pues el tiempo estaba frio y nebuloso: por lo tanto regañaba á su marido por su char-

la, lo que no implicaba para que ella tambien charlase bastante cada vez que se ofrecia.

Por fin estaban para llegar. Ya daban vista á la casuca de Caleb en donde ya Boxer llevaba diez minutos de haberse zampado; de suerte que al apearse del carruaje, la familia encontró á la ciegucecita y su padre esperándola á la puerta de la casa.

Boxer lamio las manos de Berta á quien trataba con muy particular cariño y con suma finura, lo que podria dar motivo á creer que él comprendia por instinto la enfermedad de la jovencita.

Nunca jamás trataba de provocar su atencion mirándola, como tenia de costumbre hacer con las demás personas; nunca tampoco se llegaba á ella con su tosquedad ordinaria.

May Fielding y su mamá llevaban una hora de haber llegado.

Mistress Fielding era una mujercita flaca y picotera que todavia tenia pretensiones y que de ninguna suerte las disimulaba. A su lado estaba sentado Gruff y Tackleton haciéndose el amable.

—¡May, mi buena amiguita! exclamó Dot arrojándose hácia ella... ¡Qué gusto de verte!

May participaba de la alegría de su antigua condiscípula, á quien abrazó con ternura. Abrazadas ambas formaban un grupo delicioso de ver. Tackleton sin remedio, era hombre de todo gusto, pues su novia era un bocado exquisito.

Tackleton habia mandado traer un *grigot*, y habiale acompañado ¡qué maravilla de un tarro de dulces: Tackleton, teniendo presente que un casamiento no es cosa de todos los dias, habia creído estar en el caso de ostentarse pródigo á la vista de la mujer con quien á casarse iba.

Después de los pipros de estilo, sentó-

1 O vizó (como se pronuncia); pierna de carne partida para comer.

se cada cual á la mesa. Tackleton conduxo á su futura suegra al asiento de preferencia. Caleb se sentó junto á su hijo, Dot y su camarada de escuela se pusieron una junto á otra, y el bueno del carruajero fué y se acomodó en la punta de la mesa.

Los muñecos, los títeres y las muñecas tenian cara de estar contemplando todos los preparativos con el mas vivo interés y formaban una divertida galería al rededor de los convidados. Si es que conservaban alguna tirria á Tackleton, y á fe que nadie podia disputárselo á los pobres, la ocasion estaba á pedir de boca para reirse á expensas de él, pues por mas que se desatinaba, en lugar de tener una cara amable y alegre como queria, no lograba mas que gesticular las mas grotescas sonrisas.

—¡Ah, May! dijo mistress Peerybingle, ¡qué vueltas da el mundo! Pero vamos hablando de las cosas de nuestros tiempos y eso nos remozará.

—¿Quien oiga á usted creerá que ya no es usted jóven, dijo Tackleton: ¿qué edad tiene usted?

—Pregunte usted á mi marido qué edad tiene, respondió mistress Peerybingle. El cuenta ya, por lo bajo, veinte años mas que yo. ¿No es verdad, John?

—Cuarenta, dijo John.

—Yo no sé de cierto, dijo mistress Peerybingle á Tackleton con picaresca sonrisa, qué tantos años agregará usted á la edad de May; pero entiendo que para su próximo cumpleaños será por lo menos centenaria.

—¡Ja! ¡ja! hizo Tackleton esforzándose por reir y mirando á Dot como queriendo tragársela.

—Mi vida, prosiguió Dot, ¿te acuerdas de lo que deciamos en la escuela cuando platicábamos de los hombres con quienes habiamos de casarnos? ¿Qué guapos, qué mozos y amables debian ser! Y bien á

bien no sé si debo *carcajearme* ó echarme á llorar al pensar en todas aquellas muchachadas.

May, á la cuenta, no estaba en la misma incertidumbre que su amiga, pues que se le encendió de pronto el rostro y le bailaron en los ojos unas cuantas lágrimas.

—En resumidas cuentas, ustedes no pudieron nunca estarse firmes contra nosotros, ya lo están viendo. ¿Dónde están á estas horas todos esos guapos novios que tenían ustedes en su pensamiento?

—Unos están en el mundo de la verdad, dijo Dot; otros, sepultados en el olvido. Los mas de ellos si vernos pudiesen ahora mismo, no querrian creer que éramos las mismísimas de los otros tiempos, apuesto mi pescuezo.

—Y ¿por qué, mujercita? exclamó el carrajero.

Dot había hablado con tanto calor, que tenía necesidad de tomar resuello, pero no insistió su marido, pues al entremetarse no había intentado mas que ponerse de parte del viejo Tackleton, por quien consideraba deber en caridad sacar la cara. Por lo demás su buena voluntad vino á ser inútil porque ya no chistó su mujer.

May también estaba callada y parecia no tomar ningún interés en lo que á su vista pasaba. Su madre fué la que rompió aquel incómodo silencio, discuriendo durante un cuarto de hora largo sobre las insensatas aprehensiones de las jóvenes y las peligrosas ilusiones con que se lisonjean antes de poner el pié en el mundo. Luego, por virtud de una feliz asociacion de ideas, hizo una confesioñcita de sus propios yerros, cuidando de referir de qué suerte había venido á parar en reconocerlos, asándose con M. Fielding.

Esta patética confesion le dió pié para hablar de las virtudes de su difunto mari-

¹ *M. & M.*, abreviatura de *monsieur en français* y de *mister (mister)* en inglés: señor.

do, á quien, dicho sea entre nosotros, de-testaba con toda su alma, y de las excelentes prendas de M. Tackleton, el que, á su entender, era el hombre mas á propósito para hacer la felicidad de su hija May.

Por último concluyó diciendo que su experiencia le había demostrado que las personas que hacian los mejores casados eran invariablemente las mismísimas que se casaban contra sus primeras inclinaciones.

Terminada con mucha satisfacion por parte de la reunion, esta plática moral: John Peerybingle hizo iniciativa¹ para que se brindase á la salud de mistress Fielding y de los futuros esposos. John, después de haber desocupado su vaso dos veces, se levantó para marcharse.

Conviene saber que él tenía aun que andar cuatro ó cinco millas antes de volver por Dot para llevarla á su casa.

Además de los novios encontrábase allí dos personas que no tomaron parte en los brindis de John. La una era Dot; que revolvía una cosa muy diversa en su mente á fe mia! La otra era Berta que se paró de la mesa con una precipitacion inexplicable.

—Hasta luego, dijo John Peerybingle echándose al hombro su ancho sobretodo. Pronto estoy de vuelta. Hasta la vista todos. ¿Y mi pipa, Dot, dónde está mi pipa?

—¿Se me había olvidado, John!

—¡Olvidado! ¡olvidar mi pipa! replicó John. Eso contiene algo extraordinario... ¡Ella! ¡olvidárasele á ella mi pipa!

—Aguarda un ratito, John, voy á preparártela.

Pero Dot estaba, no sé por qué, soberanamente torpe aquel dia: temblábele la mano y no fué sino á duras penas, allí con infinito trabajo, como pudo llevar al cabo esta familiar tarea que todos los dias

¹ INICIATIVA. { leg. El derecho de hacer alguna propuesta y el acto de ejercerlo.—Academia española.

desempeñaba al gusto y satisfacion de su marido.

En tanto Tackleton la miraba maliciosamente con su ojo medio cerrado cuyo acecho cortaba á Dot sobre toda ponderacion. No cabe duda: algo extraordinario sucedía.

—Hoy estás torpe como nunca te he visto, dijo John á su mujer, y mas valia que yo te hubiera excusado este trabajo.

Tras este corto cumplido, John salió del aposento y muy luego se oyó el ladrido del perro y el rodar de la carreta que se alejaba con insólita presteza.

—Berta, dijo con amorosa voz Caleb que hasta entonces no había cesado un punto de observar la fisonomia de su hija, Berta, ¡qué es lo que sucede! ¡Qué otra te encuentro desde esta mañana, amor mio! ¡Estás triste! ¡Qué tienes, hija?

—¡Oh padre mio! ¡padre mio! exclamó ella rompiendo en copioso llanto. . . ¡Oh! ¡qué desdichada soy! ¡qué desdicha de ser ciega!

—¡Mi pobrecilla Berta! dijo Caleb con un dolor que partía el alma. . . ¡Hasta ahora siempre has estado tan contenta, has vivido tan feliz! ¿No tienes presente que todo el mundo te idolatra?

—¡Eso me clava el corazon, padre de mis entrañas, siempre tan bueno y tan amoroso conmigo!

Caleb no comprendía.

—Ser. . . ser. . . ciega, Berta, pobrecilla mia, dijo tartamudeando. . . es en efecto una gojeja grande, pero. . .

—Nunca, exclamó la jóven, nunca jamás me había yo hecho cargo de mi desdicha; nunca, nunca. A veces he tenido deseos de ver á usted, de verle á él un instante no mas, padre de mi vida, un minuto no mas, para conocer mi tesoro, añadió poniendo sus manos sobre su corazon. . . ¡y no perderle jamás! Y á veces. . . pero yo era una niña entonces. . . he llora-

do, de noche, al rezar, cuando me venía el pensamiento de que las imágenes de ustedes, elevándose de mi corazon al cielo, podian no ser las verdaderas imágenes de ustedes. Pero nunca se me quedaban grabados estos pensamientos en mi mente: borrábase luego, y recobraba yo mi felicidad y mi alegría.

—Las recobrarás otra vez, dijo Caleb.

—¡Pero padre! ¡oh mi excelente y amantísimo padre, perdóneme usted el mal pensamiento! dijo la jóven. ¡No es eso lo que causa mi desdicha!

Lloraba á torrentes el pobre padre, pero no caía en la cuenta.

—¡Lléveme usted junto á ella, dijo Berta. No tengo valor para guardarme mi secreto. ¡Padre, lléveme usted junto á ella! Luego, advirtiendo que el titubeaba: ¡May! gritó, ¡May!

A este reclamo May vino volando.

La ciegueta cogió entonces las dos manos de May con las suyas.

—Mírame bien á la cara, alma mia, dijo Berta. Lee bien en mi semblante con esos tus preciosos luceros, y dime si no está escrita en él la ingenuidad.

—Sí está, Berta de mi vida.

El rostro de Berta estaba inundado en lágrimas.

—¡No hay en mi corazon, dijo, un solo voto, un pensamiento siquiera que no pida por tu felicidad, linda May! No hay en mi alma un sentimiento de gratitud que no esté borrado con la memoria de todos los tiempos cuidados que tan generosamente has prestado á la pobre ciega desde nuestra infancia. Dios te bendiga, May, Dios te bendiga y te colme de felicidades, bien que en este dia, May de mi vida, agregó apretándola tiernamente contra su pecho, bien que este dia me haya atraído el corazon la noticia de que vas á ser su esposa! ¡Padre! ¡May! ¡Dot! perdónenme todos este amor en memoria de to-

do lo que él ha hecho por enlazar mi triste existencia; perdonénme, pues el cielo es testigo de que todavía me consuela el verle tomar por mujer á una criatura que le merecía!

Había ella soltado las manos de May, cuya ropa tocaba en una actitud sumisa. Luego que hubo acabado de hablar, dejóse caer á los pies de su amiga y se tapó la cabeza con los dobles de su vestido.

— ¡Omnipotente Dios! exclamó el pobre padre anonadado con el peso de la horrible verdad, ¿es posible que el haberla estado engañando desde su infancia no haya servido mas que para desgarrarle algún día el alma?

Afortunadamente! para ambos, Dot, la buena y servicial criatura, pues debemos concederle estas cualidades, y sin embargo tal vez tendremos que aborrecerla algún día; afortunadamente, digo, Dot estaba presente: sin ella quién sabe! cómo hubiera acabado aquello. Pero Dot, recordando su serenidad antes que nadie, se apresuró á promediar, sin dar á Caleb ó May tiempo de que chistarán una palabra.

— Vamos, Berta de mi corazón, ánimo,

1. El diccionario de la Academia española, tan nimio en punto á diminutivos y superlativos, refranes y proverbios, no trae el adverbio *afortunadamente*, lo cual hace creer, salvo error u omisión de la imprenta de Madrid, que el adjetivo *afortunado* es uso, si acaso no el único, de los que no se convierten en adverbios. Un ilustrado que tenemos en Méjico, no hallando la consultada voz en el diccionario de la Academia (y por cierto que debe de ser algo vieja la edición del diccionario que le sirve para ilustrar, puesto que le hizo caer en el error, que comunicó de contado á sus lectores, de que *INITIATIVA*, *LOCAT.*, etc., etc., etc., no son hoy día sustantivos legítimos y de muy buena ley), ha declarado que no es castellano; pero Martínez López, filólogo distinguido, escritor puro y correcto, autoridad muy mas respetable que Cadabala y Sarmiento, en el tiempo presente, y que el doctor Balmea, toda la vida; Martínez López, pues, no tiene reparo en usarla como equivalente del adverbio francés *heureusement*, fundado tal vez en que su estructura y origen son buenos y en que de mas á mas es de uso *usado* y corriente.

2. *QUIEN SABE* no es ni mas ni menos que "cual es la persona que sabe" ó si se quiere, y es lo mismo "nadie sabe" en otros casos vale lo mismo que "yo no sé". Esta locucion es una de las muchísimas en que la ventaja de la concisión triunfa de la gramática.

le dijo. ¡Ven conmigo! ¡Dale el brazo, May! ¡Mira, ya se pasó! ¡Cuánto te quiere! añadió la excelente mujercita dando un beso en la frente á la jovencilla... ¡Ven conmigo, Berta de mi vida! ¡Usted tambien, querido Caleb, venga con nosotros!

Cuando hubo apartado de alli al infeliz Caleb y á Berta á quienes dejó llorar juntos, regresó á su aposento.

Poco después oyóse el ladrillode un perro y el ruido de un carruaje. Era el carretero que volvía en busca de su mujer.

— ¡Qué ruido es ese? exclamó Dot á tiempo que entraba John en su aposento.

— ¡No me ves? respondió el carruajeiro que se estaba á la puerta.

— ¡Quién es ese hombre que viene contigo? preguntó Dot.

— Nada puede uno ocultarte, ya lo estoy viendo, dijo John riendo. Pase usted adelante, será usted bien recibido: no tema usted nada, señor mio, prosiguió levantando la voz.

A estas palabras, vióse entrar al viejo *gentleman* sordo.

El carruajeiro estaba de muy buen humor. Llegóse á su mujercita y le dijo, agarrándola de la cintura:

— Ahora, picaruela, me regañarás todavía? ¡A que no! Bien me sabia yo que no. . . pero saluda á nuestro amigo, Dot, añadió señalándole al viejo.

Dot bajó temblando los ojos.

— ¡Sabes, prosiguió el carruajeiro, que te admira y te quiere de todo corazón? No me ha venido hablando por todo el camino mas que de ti, y yo le he tomado cariño.

— Siento no merecer mejor esa admiración, John, replicó Dot, mirando por todas partes con empucho, sobre todo cuando su mirada se encontró con la de Tackleton.

— Ya es tiempo de tomar el portante, dijo John, ¿estás lista, Dot?

— Cuatro palabras antes que usted se

vaya, John Peerybingle, dijo quedito Tackleton. . . Lo que voy á descubrir á usted es cosa triste, y me duele en el alma lo que pasa. . . ¡Ay! ¡bien me lo tenia yo tragado! . . .

— ¡Pero qué hay? preguntó azorado el carruajeiro.

— ¡Punto en boca! venga usted conmigo. . . ¡ahora verá usted!

Sin mas chistar, el carretero siguió á Tackleton. Atravesaron un patio sin mas luz que la de las estrellas, y entraron en el almacén de Tackleton. Había en el tal almacén una ventanita que daba al cuarto de Caleb.

El almacén no tenia luz.

— ¡Aguarde usted! dijo Tackleton. ¿Tendrá usted valor para asomarse á esta ventanita?

— ¡Por qué no? respondió el carruajeiro.

— ¡Aguarde usted, dijo Tackleton. Cuidado con los atropellamientos, á nada conduciría eso; además sería muy peligroso. Usted es fuerte, y no se necesita mucho para despachar á una persona.

Clavóle el carruajeiro los ojos á Tackleton y dió un paso hácia atrás como sobrecoigido de espanto. Luego, arrojándose de resolucion, franqueó de un salto la distancia que le apartaba de la ventana, y vió. . .

¡Oh desdichal. . . ¡Mujer perfidal. . .

Vió con sus dos ojos á Dot con el forastero, quien no era ya un anciano sino sí un mozo y gallardo mozo. El forastero tenia en su mano los fingidos cabellos canos que le habian granjeado la hospitalidad en la morada para siempre jamás sumergida en la aflicción.

Vió John inclinarse y hablar quedito á su mujer. Vió á Dot sonreirse con el cariñosamente y darle la mano.

John apretó convulsivamente sus puños como si hubiera querido derribar á un

leon. Pero reprimiendo luego este movimiento, dejóse caer anonadado, destrozado por la pesadumbre.

Por fin, cediendo á las representaciones de Tackleton, atravesó el patio, y fuése á plantar junto á la carreta, á esperar á su mujer.

— ¡Buenas noches! ¡felicis noches! gritaba Dot un momento después subiendo en el carruaje, donde ya habia tomado lugar el forastero fingido. . . ¡Pero qué es de John? ¡John, John!

— John quiere andar el camino á pié conduciendo el caballo, respondió Tackleton.

— ¡Andar á pié el camino con la noche tan fria que hace! ¡Has perdido el juicio, John?

Pero John, metida la cara en su ancha corbata, no respondió. Pególe al caballo y echó á andar. Boxer, ignorante de lo que habia pasado, corria para adelante, revolvia y ladraba tan alegremente como siempre.

Después de la partida de sus huéspedes, el pobre Caleb se sentó al lado de la lumbré, junto á su hija, á quien se puso á contemplar con amarga tristeza, acusándose de haberla aflijido.

Profundo silencio reinaba en el aposento. Los juguetes que para divertir al chico de Dot habian sido puestos en movimiento, habian rato hacia recobrado su inmovilidad.

Cualquiera habria dicho que aquellos caballos, aquellas muñecas, aquellos animales de toda especie, con sus miradas fijas y sus bocas abiertas, se habian quedado como petrificados de admiración, después de haber presenciado la villanía de Dot y las tiernas explicaciones dirigidas á Tackleton por la cigueguita.

(Concluirá)

MISCELANEA.

LA DIGNIDAD PAPAL.

LA TIARA ó triple corona del papa es el distintivo de su categoría civil, así como las llaves lo son de su jurisdicción eclesiástica; y á la muerte del papa sus armas están representadas con la tiara sola, sin las llaves. Antiguamente la TIARA era un bonete largo y redondo, usado por primera vez en 1053. Juan XIX fué el primero que le dió la forma de corona en 1276, y Benedicto XII, compuso la verdadera TIARA ó corona triple por el año de 1334.

EL MATRIMONIO.

La celebración de los casamientos en las iglesias fué ordenado primeramente por el papa Inocencio III, por el año de 1200. Anteriormente á esta época la única ceremonia era que el marido llevase su mujer á su casa. La publicación de las amonestaciones fué instituida en 1210.

LA NOVIA Y EL BIGAMO.

Ahora poco tiempo un jóven inglés llamado John (Juan) Rolands comenzó á cortejar á una señorita residente en Everton. Fué formalizándose la pretensión hasta el caso de llegar Rolands á pedir la mano de la dama, y á admitirle esta por novio. Caminaban las cosas á las mil maravillas, cuando á la hora menos pensada vino á descubrirse que Mr. Rolands era casado. Careósele disimuladamente con su consorte, y las mujeres presentes le cercaron al punto y procuraron precipitarle por la ventana del aposento; mas no pudiendo lograrlo le bañaron en agua fría, lo cual descompuso completamente sus pulidos rizos, enfriando considerablemente si no su amor, sí su espinazo.

EL PETIMETRE DE ANTAÑO.

En los tiempos de las pelucas, los caballeros estilaban traer consigo juegos de grandes peines de carey primorosamente cortados, en cajas, en sus bolsillos, y con ellos componian sus rizos. ¿Qué original era lo antiguo!

ANTIGÜEDAD DE LAS CAMPANAS.

A Paulino, obispo de Nola, se atribuye generalmente la invencion de aplicar las CAMPANAS al servicio de la iglesia, por el año 400; y se asegura que en el año 610, estando el obispo de Orleans en la ciudad de Sens, á la sazón sitiada, asustó é hizo huir al ejército sitiador, repicando las CAMPANAS de la iglesia de san Estévan, lo que prueba que entonces no eran generalmente conocidas en Francia. Las primeras CAMPANAS grandes, de las cuales habla Bede, son del año 680. En los tiempos anteriores se convocaba á los fieles por medio de matracas.

QUISICOSA.

¿Quieres que te diga el nombre
De una criatura divina
Cuya mirada asesina
A un hombre hace enloquecer?
Pues con dos notas de música
Y una letra consonante
Que á aquellas pondrás delante
Luego lo puedes saber.—M. I.

La solución en el número siguiente.

EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:
SÉRAPIN.

original traje, y como se han llevado los honores del baile, todo hace creer que el contagio hará rápidos progresos.

Ahora que ya sabéis que la palabra *bloomerismo* significa pantalones, vamos á hablar de ellos sin pasion ni odio, como de una nueva moda y absolutamente como si los pantalones se hubiesen mostrado en las Tullerías en lugar de haber hecho su aparicion en *Common Gardens*.

Primeramente con los pantalones á la turca, miss Bloomer permite unas faldas muy cortas. Esto ya es algo para la moral, pero no es bastante para la elegancia.

Cuando pensamos en ciertos tipos de mujeres que conocemos, y las suponemos vestidas con pantalones, nos cuesta trabajo reprimir la risa. Es absolutamente como si se les pusiera un chaleco, que es hoy la excentricidad mas en boga.

Pero los hombres, se me dirá, llevan chalecos, sean delgados ó gordos, altos ó pequeños, y los chalecos les son indispensables. Es verdad. Un hombre no puede emanciparse del traje adoptado, mientras que la mujer puede vestirse de un modo adecuado á su figura y contornos. Sin dejar de seguir la moda, la mujer puede separarse de ella si el gusto no le dice: "con tal tocado vuestra cara estará hechicera," ó bien, "ese corte de corpiño realzará las perfecciones de vuestro talle."

De consiguiente los pantalones pueden

ser muy agradados y elegantes para ciertas mujeres, pero su número debe ser escaso.

Que una americana se divierta en hacer la bayadera, la odalisca y la sultana en su gabinete de tocador, se puede comprender aun... pero en medio de la calle, se hace notar y se ridiculiza.

Nuestras grandes damas parisienses saben bien que hay modas que no pueden correr los bulevares, y por eso no salen á pie con chalecos.

¡Chalecos!...

¿Lo entiende usted, Miss Bloomer? si usted ha dotado á los Estados Unidos de pantalones, las hábiles costureras de Paris han creado el chaleco; de suerte que con los pantalones americanos y nuestro chalequito francés, podíamos completar todo un traje.

¿Y qué podría llevarse para cubrir la cabeza, con un pantalón, un chaleco, y por supuesto, una casaquilla?

¡Flores!...

Eso está bien para las zagalas, las Galateas y las Ofelias, con sus trenzas poéticas y femeninas, pero para mujeres libres que llevan pantalón y chaleco, que no aguardan mas que una ocasion para tomar el puesto á un primer ministro y que fuman soldadescamente un cigarro, ¿qué significan las flores? Por lo menos necesitarian un sombrero, la gorra ó el chacó ruso." X.

UN SECRETO.

(REMITIDO.)

No me preguntes, Armida,
Por qué sufro este tormento
Que atroz consume mi vida,
Ni el profundo sentimiento
Que apena mi pensamiento
En mi juventud querida.

Ni por qué de triste duelo
Es mi faz fiel mensajera,
Presagio del desconsuelo
Que á mi corazón hiera,
Cual rayo que descendiera
Envuelto en nubes del cielo.